

Fr. J. Ripley

LEGIO
MARIAE



La Legión de
María y la
Vida Sacerdotal

Versión española por Isaías Acarreta, Lic. El original en idioma inglés está publicado bajo el título “The Legion of Mary and the priestly Life”, en John S. Burns & Sons, Glasgow.

Nihil obstat: P. Antonio Roweda, SVD, Censor. Imprimatur: Lic. Juan Ollo, Vicario General, Pamplona, 7 de Octubre de 1961.

Disponible este folleto digital en internet: **www.legiondemaria.org**

SUMARIO

I. PROLOGO	5
PROEMIO A LA PRIMERA EDICION	6
La santidad del Sacerdote, modelo para el legionario	8
I	
La Legión, una obra de la Gracia a la que todos son llamados	9
Espíritu característico de la Legión	13
Devoción legionaria	14
El Sacerdote y el Praesidium	15
Santidad del apostolado legionario	16
Alocución	17
Amor consciente de la Legión a María	20
Unión del Sacerdote y del legionario	21
Alcance, medida y medios de dicha unión	21
Interés práctico del Sacerdote	22
Multiplicidad de la persona del Sacerdote	24
Las virtudes de María hacen santos a los legionarios	24
Todo un pueblo organizado para Dios	25
Ad Jesum per Mariam	27
II	28
Servicio sacerdotal	29
Fe, valor, prudencia	31
Caridad, perseverancia, paciencia	34
Puntos cardinales	35
Las críticas y la cruz	38
Virtudes sacerdotales	39
Acción simbólica	42
María	43
Las glorias de la Legión	45
LA LEGION Y EL APOSTOLADO JUVENIL (1)	48
Un sistema fundamentalmente sencillo	48
Infundir en la juventud un ardiente celo	50
Contacto espiritual	52

Una probada experiencia	53
Formación espiritual	54
Una observación acerca de las deserciones	56
Adiestramiento por medio de un trabajo apostólico	57
Notas adicionales (*)	58
Notas del Editor	

PROLOGO

En la Historia de la Iglesia, el Espíritu Santo hace circular periódicamente corrientes de gracia que la impregnan y le dan nueva vida. La Legión de María es un Golf Stream de esta especie. Basta observar sus orígenes, su asombroso desarrollo a través de los cinco continentes y de más de un millar de diócesis, su admirable y, sobrenatural cosecha, para poder afirmar: digitus Dei est hic, el dedo de Dios está aquí. Es imprescindible canalizar esta corriente de gracia, y ¿quién mejor que el sacerdote para lograrlo? Su colaboración es tan indispensable como su preparación, y dicha colaboración habrá de tender por entero a la consecuencia del mayor número posible de beneficios del instrumento sobrenatural que la Santísima Virgen ha puesto entre manos. El P. Ripley ha manejado este instrumento con mano maestra: tiene el derecho -el deber- de dirigirse a sus compañeros, los sacerdotes, para decirles: Si scires donum Mariae, si conocieses el regalo de María. Por mi parte puedo afirmar, después de haber observado su labor en mi propio país y en otros próximos, que la Legión de María constituye una gracia especialísima para impulsar a la iglesia en su labor misionera. No existe nada automático en esta gracia; está a nuestra disposición, pero es preciso saber y querer utilizarla. Con el autor de estas páginas, ruego a los sacerdotes que no fijen su atención en las apariencias ni en la parte externa, sino que abran su espíritu al mensaje del Manual y a sus instrucciones, y que sean enteramente fieles a él y a sus cotidianas aplicaciones. Ojala que los sacerdotes lleguen a descifrar

ese "secreto de María" cual es la Legión de María, ese secreto dinámico y apostólico, y que entreguen a él en un cien por cien.

Muchas gracias al P. Ripley por su testimonio y por estas páginas en las que pueden encontrarse un profundo amor a María y a la iglesia y la rica experiencia de su propia vida pastoral.

+ L. J. SUENENS,
Cardenal Primado de Bélgica.

PROEMIO A LA PRIMERA EDICION

La Legión de María de Escocia agradece cordialmente al P. Francis J. Ripley su autorización para llevar a la imprenta y poner en circulación su discurso a los Directores Espirituales del Comitium de Liverpool.

Es imposible valorar en su justa medida la influencia que sobre la salud espiritual y sobre la eficacia apostólica de cada Praesidium de la Legión de María ejercen el interés y el celo luminoso del sacerdote que se consagra a las tareas de Director Espiritual. De él esperan los legionarios instrucción y formación dentro del espíritu de la Iglesia, bajo su dirección deben tratar de capacitarse, y de su celo obtendrán sus inspiraciones.

Recomiendo respetuosamente a todos los Directores Espirituales de la Legión en Escocia la piadosa meditación de las palabras del P. Ripley.

James Black, V. G.

I

La santidad del Sacerdote, modelo para el legionario

En su *Manual* oficial, la Legión de María dedica dos páginas y media al estudio de los deberes de sus Directores Espirituales. Nuestro comentario habrá de girar en torno de esas páginas, si queremos abordar el tema sin desviarnos del espíritu que ha hecho de la Legión uno de los más importantes movimientos apostólicos de la Iglesia.

La primera frase alcanza ya la médula misma del asunto: "Puesto que la Legión gradúa la eficacia de su actuación únicamente según las cualidades espirituales desarrolladas en sus miembros y comunicadas por ellos a sus obras, es evidente que el Director Espiritual del Praesidium, a quien toca principalmente infundir dichas cualidades en los socios, es el alma del Praesidium." Se establece, ante todo, que la finalidad primordial de la Legión es la santificación de sus miembros. Luego, se subraya que, precisamente en cuanto a este fin fundamental, depende ella del sacerdote de una manera especial. La Legión caminará hacia el éxito o hacia el fracaso, según el nivel de santidad de quienes a ella pertenecen; ellos, a su vez, triunfarán o fracasarán en la consecuencia del objetivo primario de su integración en la Legión, según el nivel de santidad, devoción y eficacia de su Director Espiritual. De aquí que el primer requisito para un sacerdote legionario sea una vida santa. Naturalmente que ya se halla obligado a ponerla en práctica por el hecho

de haber sido llamado a las Ordenes Sagradas, pero su incorporación a la Legión como Director Espiritual habrá de servirle de nuevo incentivo para cultivar la ciencia de los santos. Ni unos grandes conocimientos, ni siquiera un celo o un entusiasmo naturales pueden llegar a suplir las deficiencias de santidad personal en un director de conciencias.

La Legión espera del sacerdote que llegue a ser "el principio vital de su vida espiritual. Tanto, en fin, depende de él, que el Papa Pío XI llega a decirle aplicándole las palabras del Salmista: *Mi suerte está en tus manos*. ¡Qué dolor si quedara frustrada tan gran confianza como se pone en él, aunque no fuera más que en un solo caso! ¡Qué lástima sería ver a un grupo de operarios, deseosos de trabajar lo mejor que pudieran por Dios, por María y las almas, andar desorientados como rebaño sin pastor! ¿Qué diría el Pastor Supremo de un Director Espiritual negligente, de aquel que debiera ser *el alma de la Asociación, el inspirador de toda buena iniciativa, la fuente del celo?*"

La Legión, una obra de la Gracia a la que todos son llamados

En su hermoso libro "The Age and Mary"; el P. Michael O'Carroll hace una observación profunda al escribir: "La Legión de María fundamenta sus actividades en la atrevida hipótesis de que, al ser todo lo bueno realizado por la Gracia Divina, es absurda la confianza excesiva en los dones naturales. No desdeña esas cualidades, pero está plenamente convencida de que su ausencia puede ser un pretexto para una demora indefinida. Los hombres caen casi siempre en la tentación de procurarse un equipo humano totalmente adecuado para llevar a cabo una labor divina. Muchas realizaciones de importancia para la Iglesia se verían aplazadas indefinidamente si tal idea llegara a ser corriente y definitiva. Se trata de una opinión que, analizada hasta sus últimas consecuencias, encierra ciertos matices de Pelagianismo. Las grandes hazañas del Cristianismo han sido llevadas a cabo en tiempos pretéritos por hombres que, a juicio de todo el mundo, parecían completamente

ineptos para las mismas. La ley continúa todavía vigente. No es sino la expresión de la paradoja fundamental del Evangelio: "Sin Mí, nada podéis hacer"; "Todo lo puedo en Aquél que me conforta." Dios no precisa de nadie. El es el solo independiente, supremo, libre. Para sus designios, puede servirse de uno o de todos. La actitud de su instrumento será siempre la misma: "Aquél que es Todopoderoso ha hecho grandes cosas en mí." Mientras muchos cristianos se contentan con creerlo, quienes se hallan al frente de la Legión han tenido el acierto y la valentía de llevarlo a la práctica."

El sacerdote de la Legión debe poseer la plena convicción de que se ha comprometido en una labor de gracia. Por ejemplo, en la selección de sus legionarios sufrirá una grave equivocación si se fija más bien en las aptitudes naturales que en las sobrenaturales de los posibles candidatos. Ha demostrado la experiencia que los resultados más fecundos en relación con las almas han sido a menudo conseguidos en la Legión por aquellos individuos que desde el punto de vista de la naturaleza o del mundo eran los más incapacitados. Podríamos presentar numerosos ejemplos acerca de esto, especialmente en relación con los mensajeros de la Legión, pero será suficiente uno, acaecido dentro de nuestras fronteras. Se trata del caso de una anciana legionaria que consiguió volver a la práctica de sus deberes a muchas, a muchísimas almas. Rara era la junta semanal en que no tuviese que dar cuenta de una conquista sensacional. Al sacerdote que visitaba su distrito se le hacía presente constantemente su magnífica labor de apostolado. Juzgándola desde un punto de vista humano, era con mucho la menos dotada de todos los miembros del Praesidium. Tenía más de 70 años, era torpe de lengua, sabía apenas leer y escribir y no poseía ningún atractivo físico que la recomendara. En el Praesidium había otras mujeres con títulos académicos y excelentes cualidades naturales; no obstante, ninguna de ellas podía equipararse en eficacia apostólica con su hermana mayor. Cuando, en cierta ocasión, le preguntó el sacerdote en qué residía el secreto de sus éxitos -él ya sabía de antemano que se trataba de una legionaria ejemplar y de una católica muy fervorosa que

por ningún motivo dejaba de recibir diariamente la Comunión- ella contestó: "Se debe, estoy plenamente convencida, a la hora que todas las noches dedico a la oración." Investigaciones posteriores llevaron a la increíble comprobación de que esta hora de oración tenía lugar todos los días de la una a las dos de la madrugada. Pero lo extraordinario del caso es que, como la misma legionaria afirmó, había tomado esa costumbre solamente cuando llegó a convencerse de la absoluta necesidad de la oración en la conquista de las almas.

La Legión de María es, ni más ni menos, una máquina de hacer santos -y el sacerdote es la pieza maestra de la máquina. No hay duda de que el mundo actual necesita urgentísimamente de la santidad; o, dicho en otras palabras, del espíritu de Jesucristo. La sublime vocación de la Legión radica en la formación de las almas dentro de ese espíritu. El espíritu de la Legión es el de María misma; ¿y qué diferencia puede existir entre el espíritu de María y el de su Hijo? De ahí que el sacerdote legionario está llamado a realizar la sublime tarea de formar a las almas en la santidad. Con ello contribuye al apostolado seglar mucho más de lo que podría hacer con su dedicación a otras actividades. Está prestando un servicio vital a la Iglesia y al mundo.

¿Qué labor podía tener más cercana a sus aspiraciones en el día de su ordenación sacerdotal? En una parroquia en la que haya mucho que hacer, existen muchas llamadas solicitando nuestras energías y nuestro tiempo. Nos vemos obligados con frecuencia a entregarnos a muchas actividades para las que no tenemos preparación especial. Al ser sacerdotes al cargo de almas, hemos de trabajar en medio de ellas tal como son, inmersos en sus circunstancias y problemas mundanos. Es, sin embargo, de gran trascendencia, que el sacerdote haga mentalmente una clasificación acerca de los muchos modos de que podría trabajar por las almas, ordenándolos según su importancia. ¿No considerará como una de sus más ardientes aspiraciones el formar en la santidad a un grupo selecto de sus feligreses? Hay Sacerdotes -buenos y celosos, por lo demás- que aseguran que no les queda tiempo para

dirigir a la Legión, por estar totalmente entregados a las diversas actividades sociales de sus parroquias. Sería un día aciago para la Iglesia aquél en que esa mentalidad llegara a ser universal. El tiempo dedicado a la sincera tentativa de formar a las almas en la santidad producirá en definitiva mayores dividendos que el gastado en la organización de bailes, clubs y equipos de carreras o de fútbol.

Todos los católicos reciben una invitación para el ejercicio del apostolado y a todos se les concede la gracia necesaria para responder a esa invitación. El Papa Pío XII, en su encíclica sobre el Cuerpo Místico, dice que los fieles en su totalidad están obligados a trabajar enérgica y constantemente en favor del engrandecimiento y de la edificación de la Iglesia. Si se llama a todos, si todos reciben la gracia suficiente, a todos debe dárseles una oportunidad. De ahí que el sacerdote ha de poner sumo cuidado en no excluir de la Legión, aplicando su criterio personal respecto a la aptitud, a quienes pudieran tener un puesto en ella. El Manual nos pone explícitamente alerta contra unas exigencias demasiado severas para los recién ingresados; insiste asimismo en que se abran las puertas de la Legión a todos los católicos que practiquen una vida piadosa, que se encuentren animados por el espíritu de la Legión o que, al menos, ansíen alimentar en sí mismos dicho espíritu, y que estén decididos a cumplir todos y cada uno de los deberes que la Legión exige de sus asociados. En las páginas del Manual se lee lo siguiente: "Se corre mucho peligro al hacer exigencias demasiado severas. Por supuesto, el tenor de vida de los legionarios veteranos será más alto que el del común, y desde luego, hay que tener esto presente al considerar la admisión de socios reclutas. Sería injusto exigir a uno de éstos lo que sólo han conseguido otros después de varios años en la Legión... Si alguien no sirve, no tardará en volverse atrás quejoso de la labor que le impone la Legión. No cabe otro proceder más eficaz para conservar la Legión en su integridad. ¿Quién ha oído jamás que el alistamiento para un ejército se abandonó por temor de que sentara plaza algún inepto?"

Espíritu característico de la Legión

El sacerdote no tiene tan sólo la obligación de formar en la santidad a sus legionarios: ha de formarlos asimismo en una santidad peculiar. Del mismo modo que cada una de los centenares de Ordenes Religiosas de la iglesia posee un espíritu característico, la Legión tiene también el suyo. Pocos errores de más funestos resultados podría cometer el sacerdote que el de considerar a la Legión como "una asociación más". Se trata de un gran movimiento, con un espíritu peculiar. Exige de sus Directores Espirituales la formación de sus miembros en ese espíritu. El sacerdote que asume el cargo de Director Espiritual y que, sin embargo, se opone a infundir en sus legionarios esa formación según el espíritu del movimiento, carga su conciencia con una grave responsabilidad.

¿Cómo estará en condiciones de formar a sus miembros en el espíritu de la Legión, si no llega a comprender la esencia de ese espíritu? ¿Y cómo llegará a comprenderla si no hace suyo el contenido del *Manual* de la Legión? Por muchas críticas que quisiéramos lanzar contra el *Manual*, hemos de tener siempre presente que ha constituido el manantial del espíritu que encerró el secreto de la maravillosa expansión y del fructífero y casi milagroso apostolado de la Legión. No existe, pues, ningún argumento favorable al Director Espiritual que ofreciera resistencia a familiarizarse con el contenido del *Manual*; con toda caridad, sería conveniente aconsejarle que abandonase su cargo en el Praesidium, porque, aun en el supuesto de que pueda estar formando a sus miembros en la santidad, ésta difícilmente puede constituir esa formación característica de la Legión que todos se obligaron a aceptar al incorporarse al movimiento. Por otro lado, el sistema de la Legión ha demostrado su capacidad de conseguir espléndidos resultados de extraordinaria santidad; constituye, pues, para el sacerdote un sistema con toda clase de garantías. Para un Director Espiritual, el dejarlo de lado para sustituirlo por no programa personal, es equivalente a hacer traición a la confianza que los legionarios han depositado en él. Como

representante de la Jerarquía, tiene el estricto deber de encauzar a los asociados por el espíritu característico del movimiento; no ponerlo en práctica deliberadamente o adiestrarles en otro espíritu es obrar en contra de su mandato oficial, y difícilmente tendrá como resultado una efusión de gracia.

Muchos sacerdotes es que han obtenido resultados notables de sus Praesidia, han utilizado el Manual en sus meditaciones y lecturas espirituales. Contiene muchos fragmentos de rara belleza y un gran número de textos tomados de la literatura clásica espiritual. Cuanto mas se forme un sacerdote en la piedad dentro del espíritu de la Legión -del espíritu de María- tanto mayor será su capacidad para comunicar ese espíritu a los miembros de su Praesidium.

Devoción legionaria

El elemento más importante de la santidad legionaria es el elemento mariano.

El fin primordial es llevar a María al mundo como medio infalible de conquistar el mundo para Jesús. Por consiguiente, "la ardorosa devoción legionaria hacia María, plasmada en meditaciones serias y celosas prácticas, es depositada en cada uno de sus miembros como solemne fideicomiso para con la Legión. Debe considerarse siempre como parte esencial de los deberes legionarios, ocupando el primer lugar entre las obligaciones de los asociados". De aquí que, por naturaleza, la primera labor de un Director Espiritual ha de ser ineludiblemente el comprender con claridad meridiana qué se entiende por "devoción legionaria hacia María". Dicho en una sola frase, quiere decir que hemos de honrar a María en el grado que corresponde a su sublime posición en los planes de Dios, como el canal de la gracia para los hombres. El mismo *Manual* dedica muchas páginas a la discusión de este asunto; todo Director Espiritual sincero ha de hacer suyas sus ideas, si quiere

estar en condiciones de comunicar su espíritu entre quienes aspira a dirigir.

Existen, además, en el *Manual* otras secciones particularmente bellas que exponen con claridad y precisión otros rasgos del espíritu de la Legión. Un estudio de su índice nos demuestra la gran amplitud de estas secciones. La Sagrada Eucaristía, el Cuerpo Místico, la Paternidad de Dios, las almas del Purgatorio, el sentido del sufrimiento -son tan sólo unas pocas de las materias tratadas con extensión. El sacerdote celoso encontrará también enseñanzas prácticas de gran valor en todas las virtudes básicas de la vida espiritual. Constituye para él un deber y un privilegio el exponer todas estas ideas a los miembros de su Praesidium y el comprobar que la obligación legionaria de los mismos de trabajar se lleva a cabo dentro del espíritu de sus enseñanzas.

El Sacerdote y el Praesidium

El *Manual* continúa: "El Director Espiritual asistirá a las juntas del Praesidium, y cooperará con el Presidente y demás Oficiales en que se cumplan las prescripciones del reglamento y se haga funcionar la Legión según el espíritu y la letra de las mismas. Se opondrá a cualquier abuso, y apoyará toda autoridad legionaria legítimamente constituida." Nos llegan, de vez en cuando, rumores en el sentido de que los legionarios cometen indiscreciones y, a veces, hasta errores. El *Manual* da ya la respuesta conveniente a la objeción, pero no podemos dejar de observar que basta con que los Directores Espirituales observen lo preceptuado por el *Manual*, para que los errores sean escasos. Muchos sacerdotes creen que han cumplido con su deber asistiendo a las sesiones durante los diez minutos que dedican en dirigirles la palabra. Esa conducta está lejos del espíritu del *Manual*, el cual habla del sacerdote asistiendo a las asambleas, tomando parte en la resolución de sus asuntos e incorporándose al ajetreo de sus múltiples discusiones. Se deduce, pues, implícitamente, que el sacerdote debe hallarse presente en toda la

sesión. Además, ¿cómo podrá un sacerdote comprobar que la labor se lleva a la práctica dentro de las normas específicas, cómo podrá ejercitar a sus legionarios dentro de la técnica del apostolado, si no está allí escuchando los informes y familiarizándose con los proyectos a realizar? Cada uno de los temas tratados en una sesión de la Legión es un paso adelante hacia la formación de sus miembros en el espíritu del movimiento; se santifican, no por haber escuchado la charla del sacerdote, sino por llevar a cabo continuamente un trabajo de apostolado dentro de un espíritu peculiar. Es indispensable la presencia del sacerdote a lo largo de toda la sesión, si queremos que tenga éxito este método de formación. El *Manual* agrega que el sacerdote "hará hincapié en una fidelidad a toda prueba (hasta en los menores detalles) al cumplimiento del deber, como fundamento esencial de toda obra grande": le sería totalmente imposible al sacerdote conseguir todo eso, sin su asistencia en el Praesidium durante toda la reunión.

Santidad del apostolado legionario

Hemos indicado ya que la santidad individual constituye el primer objetivo de la Legión y que es tarea propia del sacerdote el que la Legión vaya tras la consecución de la santidad. El *Manual* subraya después que "la Legión procura el fomento de esa santidad de una manera específica, dándole el carácter de apostolado y poniéndola al rojo vivo para que logre difundirse por sí sola". Ello constituye una labor fundamental del Director Espiritual. Es tarea suya fomentar no tan sólo la santidad, sino una santidad apostólica, y no tan sólo una santidad apostólica, sino que, además, ha de ser genuinamente legionaria. También en esto recibirá una ayuda maravillosa del estudio de aquellos capítulos del *Manual* -y son muchos- relacionados con el espíritu del apostolado de la Legión. La norma más luminosa está contenida en el párrafo tercero de la Instrucción Permanente, en la que se establece que "los deberes dentro de la Legión exigen de cada legionario la realización de una labor legionaria sustancial y activa; con espíritu de fe y en un unión con María

de tal modo que en aquellos en cuyo favor se labora y en cada uno de los compañeros se vea una vez más la Persona de Nuestro Señor servida por María, su Madre". Además, el apostolado de la Legión ha de ser definido, dirigido a todos los hombres, enraizado en una santidad personal, continuo, libre de toda preocupación social y racial, ajeno a las luchas políticas, emprendedor, caballeresco, personal e íntimo devoto, perseverante, intrépido, y así sucesivamente.

Para formar a sus legionarios de tal suerte que se hallen en condiciones de poner en práctica su apostolado con todas las cualidades dichas, el Director Espiritual, dice el Manual nuevamente, mirará su Praesidium "como miraría un maestro de novicios a sus súbditos... Las dotes espirituales de los socios se desarrollarán casi siempre hasta donde exija el Director Espiritual: de modo que no tenga éste reparo en hacer un llamamiento aun a la virtud suprema, o en proponer en aquellos, obras cuya ejecución pide cualidades heroicas.

Esta última cita nos lleva de la mano a subrayar uno de los principales flacos que hemos podido comprobar en la Legión. Los sacerdotes temen en exigir en demasía a sus legionarios de hecho son muchos los casos en que sus exigencias son absolutamente nulas. Consideran el Praesidium como un pasatiempo más y se dan por satisfechos con dejar que sus miembros vagabundeen un par de tardes a la semana en torno de la iglesia, o, en otras ocasiones, con que desperdicien sus energías dedicados a un trabajo que no reviste carácter apostólico o sustancial. Hemos de insistir una vez más en que los legionarios conquistan la santidad precisamente por miedo de su apostolado; el Director Espiritual llegara a cumplir adecuadamente la misión que le ha confiado la Iglesia, si logra convencerse de que tan sólo ese apostolado es el legionario, en el más exacto sentido de la palabra.

Alocución

La alocución es naturalmente, una parte valiosa de la labor del sacerdote con respecto a la Legión, pero sería erróneo considerarla como la más esencial. De hecho, parece que fue agregada al plan primitivo de la Legión con posterioridad. El trabajo fundamental del sacerdote radica a lo largo de toda la sesión; la alocución le brinda una oportunidad que puede favorecer esa labor primordial. Considerar la Alocución como tarea de máxima importancia, sería cometer un error tan grave como el de un maestro de novicios que viviera totalmente alejado de ellos excepto en el momento de darles semanalmente una conferencia espiritual.

En relación con la alocución es preciso tener presentes las siguientes normas: Primera, debe ser breve -bastan cinco o seis minutos; segundo, sería conveniente que revistiera la forma de comentario sobre el *Manual*; tercero, debería tender a familiarizar a los miembros con cada uno de los puntos del *Manual* y no perderse en generalidades; cuarto, ha de tener como fin el desarrollo de todas las posibilidades del Praesidium y de cada uno de sus miembros. En realidad, la alocución ha de ser una exposición verbal y sistemática del texto del *Manual* semana tras semana y año tras año, hasta lograr que los legionarios conozcan a fondo todas y cada una de las ideas en él contenidas. Por lo tanto, el Director Espiritual que se sirve de la alocución como de un ensayo del sermón del domingo próximo, o que se limita a hacer comentario sobre ciertos aspectos generales de la vida espiritual, o que pasa el tiempo con explicaciones de un modo general sobre la temporada litúrgica correspondiente o sobre la festividad próxima, no puedo estar convencido de que cumple en las condiciones debidas esa parte importante de su labor. El *Manual* le sale al paso con estas palabras: "Entre un Praesidium, donde la Allocutio se hace con esmero, y otro, donde se hace de cualquier manera, habrá la misma diferencia que entre un ejército bien formado y otro falto de toda formación sería.

Es de interés observar que la regla insiste en que el hecho de que la lectura espiritual se haga a base del *Manual*, y de que los

miembros lo repasen todas las semanas, no dispensa al Director Espiritual de la obligación de comentarlo en sus charlas. Por el contrario, la experiencia ha demostrado su absoluta necesidad, principalmente tratándose de miembros que no han llegado a adquirir hábitos de estudio.

Los Directores Espirituales se quejan con frecuencia de que tropiezan con dificultades al tratar de seleccionar asuntos para sus alocuciones. Las normas del *Manual* sirven asimismo para resolver este problema; no se trata de que el sacerdote elabore un discurso de altos vuelos, destinado a impresionar a sus legionarios, sino de exponerles en sencillos términos el contenido de su *Manual*. Podrá repetirse hasta la saciedad; es susceptible en absoluto de una explicación sencilla, y puede dar base a comentarios muy amplios. No hay, por consiguiente, un plan que ofrezca mayores garantías que el empleo del *Manual*. Pero, en la práctica, lo más conveniente sería seleccionar primero aquellos pasajes que encierran mayor trascendencia para los miembros, por ejemplo, organización de la Legión, desarrollo de una sesión del Praesidium, y orientaciones básicas del apostolado legionario. De este modo los legionarios irían recibiendo por medio de las alocuciones una profunda instrucción dentro del espíritu legionario, incluyendo, como es natural, una enseñanza acerca de las virtudes que deben cultivar. Otro sistema, seguido por muchos Directores Espirituales, consiste en tomar del índice del *Manual* un tema y redactar la alocución con las múltiples referencias allí sugeridas. Por ejemplo, dado el título general "Espíritu de la Legión", se nos brindan los títulos siguientes, cada uno de ellos con variadas referencias: Alegría, amor, armonía, bondad y afabilidad, deber y disciplina, espíritu emprendedor, energía y perseverancia, fe, hermandad, humildad, obediencia, orden y método, piedad y oración, respeto, sacrificio, sin desanimarse, sin envidia, sin respeto humano, unidad, valentía y heroísmo. Tenemos, pues, 21 argumentos para la alocución. Del mismo modo, bajo el epígrafe general "Apostolado de la Legión", pueden derivarse asimismo otros 21 temas; bajo el de "María", 28; bajo el de "Salvaguardia de la Legión", también 21, de tal manera

que tan sólo bajo estos cuatro temas principales, el índice del *Manual* provee a las alocuciones del Director Espiritual material para dos años, aproximadamente. La exposición de las alocuciones exige preparación, pero ésta queda reducida a la mínima expresión utilizando el *Manual*.

Amor consciente de la Legión a María

"El deber fundamental de un Director Espiritual de la Legión de María -dice el *Manual*- será infundir en los legionarios, súbditos suyos, un conocimiento esclarecido y un amor intensísimo hacia la Madre de Dios, y en particular, hacia aquellos privilegios de María que más gusta de venerar la Legión." No es preciso hacer notar que la alocución será para el sacerdote como un medio muy útil para la exposición de esta norma. El *Manual* habla de amor "intensísimo" hacia Nuestra Señora. Eso implica un conocimiento especial de Ella y de sus privilegios. Por consiguiente, el sacerdote legionario ha de hacer lo posible para llegar a ser algo así como un especialista en teología mariana, aunque sólo sea con el propósito de transmitir sus conocimientos a los legionarios y de que se obtenga como resultado un amor cada vez más intenso de ellos hacia la Santísima Virgen.

Al hablar de este deber fundamental del sacerdote legionario, el *Manual* subraya que debe darse una orientación especial a los miembros de Praesidium en relación con "aquellos privilegios de María, que más gusta de venerar la Legión". Dichos privilegios son la intervención de María como Mediadora de todas las gracias, su Inmaculada Concepción y su Maternidad Divina. Con el fin de que pueda realizar cumplidamente su labor de Director Espiritual, el sacerdote de la Legión habrá de hacer un estudio especial de estas tres prerrogativas de Nuestra Señora, hasta tal punto que los legionarios estén convencidos de que sus conocimientos no constituyen una adquisición ordinaria o natural, sino que son la consecuencia de un ardiente deseo de conocer con la mayor

intimidad posible a la Madre de su alma, para que ese conocimiento de la Virgen pueda ser el punto de partida del más vivo de los amores.

Unión del Sacerdote y del legionario

El *Manual* continúa: "Como miembros del Praesidium, tomará parte el Director Espiritual en el manejo de los negocios y en las discusiones del mismo, y será, según la necesidad lo pida, maestro, consejero y guía, siguiendo las normas del Papa San Pío X. Si el apostolado seglar consiste en la participación de los seglares en el apostolado de la Jerarquía, el sacerdote, como representante de la Jerarquía, debe ser considerado como la palabra definitiva en las discusiones que sobre los métodos a seguir puedan presentarse. La Legión detesta en absoluto cualesquiera divergencias entre el clero y el elemento seglar. Lo ideal sería estrechar la unión del sacerdote y del pueblo de tal suerte que todos juntos llegaran a formar un ejército adiestrado para la propagación del Reino de Cristo. Los sacerdotes constituyen los altos mandatos del ejército, y los seglares deben hallarse dispuestos a aceptar sus orientaciones, sus enseñanzas y sus consejos.

Alcance, medida y medios de dicha unión

No obstante, la Legión aconseja a sus sacerdotes que no se hagan cargo de la responsabilidad de la Presidencia del Praesidium. Por lo común, el sacerdote posee un conocimiento más amplio de la vida que la mayoría de sus legionarios; su preparación le prestigia con otras cualidades especiales; su carácter sacerdotal le concede una categoría peculiar, y, por ello, existe el peligro de que, casi sin darse cuenta, se ponga al frente de la dirección de todo el negociado en las sesiones del Praesidium. Constituiría todo ello un error sumamente grave; éste sería suficiente para dar muerte al Praesidium. Como indica el *Manual*, las sesiones quedarían reducidas a un diálogo entre el sacerdote y el

legionario interesado, del que se verían excluidos el Presidente y los restantes oficiales. De este modo el Praesidium se vería privado de tres condiciones indispensables para su existencia -su fuerza atractiva, su poder educativo y su venero de salud. "Un Praesidium semejante sería incapaz de desarrollar su labor por la ausencia del Director Espiritual, y correría el peligro de desaparecer en caso de su marcha." En resumen, su función en las asambleas habrá de limitarse a los casos que sea imprescindible hacer notar su presencia para cumplimentar adecuadamente su papel de "maestro de novicios", esto es, cuando le obligue a intervenir su deber de disciplinar y orientar a los legionarios, y, asimismo, cuando sea necesaria su colaboración en la exposición de alguna idea que ayude a resolver ciertos problemas planteados a lo largo de las sesiones. Bien pronto le irá enseñando la experiencia cuál será el justo medio entre un excesivo control verbal y un silencio demasiado acusado.

El *Manual* explica con las palabras siguientes la posición del Director Espiritual: "En lo que atañe a cuestiones religiosas o morales propuestas en las juntas del Praesidium tendrá el Director Espiritual siempre la última palabra y además, el derecho de suspender todas las gestiones del Praesidium hasta obtener el fallo definitivo del cura párroco o del Ordinario. Por carácter propio, el Director Espiritual es un oficial de dicho consejo y deberá ostentar la autoridad que le corresponde dentro de la Legión. "Estas palabras se refieren ante todo, naturalmente, a la Dirección Espiritual de los altos organismos de gobierno de la Legión, pero bosquejan igualmente las funciones del Director Espiritual dentro del Praesidium.

Otra advertencia que hace el *Manual* es la siguiente: "El Director Espiritual se hallará libre de toda responsabilidad personal en cuestiones económicas planteadas por deudas no aconsejadas por él."

Interés Práctico del Sacerdote

Se sugiere que el Director Espiritual incluya su nombre en el registro de los miembros pretorianos de la Legión. Con este acto, el sacerdote no asume otra obligación que la de recitar diariamente todas las preces de la Legión, pero el conocimiento de que su Director Espiritual es un miembro pretoriano, servirá de gran estímulo para los seglares de un Praesidium. La calidad de miembro del Pretorio significa la incorporación al sistema legionario de un proceso de preces. Ello constituye un gran factor para la espiritualización de los miembros. Para el sacerdote, el mero hecho de correrse la noticia de que desea ingresar en el Pretorio, constituye la más hermosa de las propagandas para este grado superior de miembros activos, nivel que debe hacerse lo posible para que sea alcanzado por un número cada vez mayor de legionarios. Pocos actos serán de tanto efecto para convencer a los seglares del interés del Sacerdote por su labor.

Al suscitarse el tema del interés del sacerdote, sería muy alentador para los legionarios si vieran al suyo asistir a las asambleas de los organismos superiores -Senatus, Comitium o Curia- aunque sólo fuera de una manera esporádica. Todos los demás oficiales tienen la asistencia a estas reuniones como una obligación fundamental y, aunque comprenden que el sacerdote, continuamente ocupado y abrumado de trabajo, no siempre tiene tiempo disponible para asistir, tienen, no obstante, un interés especial en verle presente durante la reunión que el consejo celebra para dar cuenta de las actividades del Praesidium a fin de año. Sería superfluo el agregar que la presencia de un crecido número de sacerdotes en estas asambleas sería motivo de gran satisfacción para los oficiales seglares, sobre los que recae la responsabilidad de la prosperidad de la Legión en la diócesis, y al propio tiempo constituiría una colaboración muy alentadora para el Director Espiritual del cuerpo del gobierno, el cual, con demasiada frecuencia, es el único representante del clero en la reunión.

En aquellos casos en que le es imposible al sacerdote asistir a la asamblea mensual del consejo con respecto al cual su Praesidium es

responsable, constituiría una demostración de interés por su parte si les manifestara su deseo de recibir una relación exacta de cuantas actividades se realicen en el seno del consejo, de los proyectos acordados en él, de las relaciones de otros Praesidia, de los actos de la Legión que han de tener lugar y del desarrollo de la misma por todo el mundo.

Multiplicidad de la persona del Sacerdote

El *Manual*, en sus páginas finales, estudia las funciones del Director Espiritual desde un punto de vista diferente: "Los legionarios han de saber que, cumpliendo con sus obligaciones como tales, son las manos, los pies, los oídos, los ojos y la boca de su Director Espiritual. Uno de los principales fines de la Legión sería convencer de su responsabilidad a cada legionario en este particular, y adiestrarle para que cumpla con ella honrosamente." Sería casi imposible expresar con menos palabras a la vez que con más exactitud las funciones de relación que deben existir entre el sacerdote y sus legionarios. Ha de infundirles la idea de que deben ser sus manos, sus pies, sus oídos, ojos y boca pero ante todo, deben ser las manos, pies, oídos, ojos y boca de María y de Cristo.

Las virtudes de María hacen santos a los legionarios

Hacer santos; he ahí la función del Director Espiritual de la Legión. El sistema de la organización ha demostrado que se halla magníficamente planteado para alcanzar esa finalidad. Es imposible que alguien forme parte de la Legión que lleve a la práctica las orientaciones del *Manual* y que sumerja su vida entera en esa corriente espiritual, sin poner en práctica todas las virtudes de la vida espiritual y crecer así en santidad. El continuo esfuerzo de ver a Cristo en cada uno de nuestros

prójimos es la expresión del constante ejercicio de la fe; la firme convicción del legionario de que depende en absoluto de la Gracia para realizar actos buenos, es la expresión de un ejercicio constante de la esperanza; la vida entera del legionario constituye un ininterrumpido despliegue de actos de caridad; la sumisión al reglamento es indicio de obediencia; ponerse en contacto con el prójimo viendo en él al mismo Cristo, es una manifestación de humildad. Son éstas las virtudes que de un modo especial se cultivan en la Legión. Pero ésta se vería gravemente obstaculizada si le faltase la cooperación cordial y espontánea del sacerdote.

Todo un pueblo organizado para Dios

Después de haber pesado todo lo dicho en una balanza, podemos observar que es muy poco lo que se exige del sacerdote y que, en recompensa, son inmensas sus satisfacciones. En pago de la hora y media dedicada a la sesión legionaria y del tiempo que emplea en el estudio del *Manual* y en la preparación de sus alocuciones, el sacerdote podrá contar con un grupo de personas que trabajan por su santificación personal, haciendo cada una de ellas cuanto está a su alcance para llegar a ser otra María en este mundo. Estas "otras Marías" están dispuestas a prestarle su colaboración en todas las obras de apostolado (a excepción naturalmente, de las que el *Manual* prohíbe expresamente, es a saber, la distribución de socorros materiales y las Colectas regulares de dinero). Ellas multiplican la presencia del sacerdote entre sus fieles. Siguiendo sus instrucciones, fundarán cofradías, organizarán retiros, reclutarán adoradores nocturnos del Sagrado Corazón, propagarán la cruzada de asistencia diaria a la Santa Misa y de la Comunión frecuente buscarán la colaboración de las almas piadosas como socios auxiliares, aleccionarán a los conversos, vigilarán a los niños mientras sus madres asisten a Misa, se pondrán en contacto con los no católicos para procurar su conversión, organizarán encuestas, etc., etc. Con gran dificultad podría proponerse a un sacerdote una labor,

a excepción de los deberes propios de su estado que pudiera prestarle tantos beneficios a cambio de un esfuerzo tan relativamente pequeño. En resumen, se ha demostrado hasta la saciedad que la presencia de una Legión bien organizada en una parroquia puede crear en ella un espíritu completamente nuevo. Citando una vez más las palabras del *Manual*: "Es un hecho incontrovertible que la Legión posee el poder de lograr que los seglares se sientan interesados por su religión y de infundir un ardiente idealismo, entre cuantos se hallan dentro de su radio de acción, con tanta eficacia que arden en deseos de trabajar en favor de toda la humanidad y de amarla... Con ello se consigue que cada uno de sus asociados se halle dispuesto a prestar el servicio que se le asigne, que se ponga en práctica grandes sacrificios, que se alcancen las metas del heroísmo y que sus actos no sean flor de un día. La Legión abre sus puertas a un espíritu caballeresco, y con la magia de su idealismo invita a todos los hombres a caminar agrupados en pos de las altas empresas de Dios." Por su medio, todo un pueblo puede elevarse desde el nivel de la negligencia o de la rutina al de una cooperación entusiasta como miembros de la iglesia. ¡Si el sacerdote se contentase con pensar tan sólo en lo que esto podría significar para su parroquia! Esta no se limitaría ya a pertenecer a la Iglesia de un modo pasivo, sino a convertirse en una fuerza capaz de lanzar sus impulsos, ya de un modo directo, ya a través de la Comunión de los Santos, hasta los ínfimos confines de la Tierra y hasta los ignorados senderos del más allá. "¡Qué ideal!", prosigue el *Manual*, "-¡un pueblo entero organizado para Dios! Y, sin embargo, no se trata de un idealismo inasequible. Es algo que puede llevarse a la práctica muy fácilmente en el mundo actual- si no nos empeñamos en mantener los ojos cerrados y si no nos cruzamos de brazos."

He ahí el programa que la Legión propone a sus asociados. La conquista de esa meta está condicionada por las cualidades espirituales de sus miembros, y éstas, a su vez, dependen del sacerdote, principio motor de su espiritualidad. ¿Podría existir en alguna parte un sacerdote que se negara de un modo deliberado a prestar lo mejor de su

cooperación a tal movimiento? Por lo tanto, qué hermosa vocación la de aquellos sacerdotes que, por un beneficio de la gracia de Dios, gozan de la privilegiada posición de Directores Espirituales, interesados de lleno y entregados con todas sus energías a la causa de la Legión para propagarla entre sus compañeros sacerdotes, con el fin de que todos se propongan conquistar almas que lleguen a ser otras Marías, empapadas de su espíritu, guiadas por su vigilancia maternal siempre trabajando y orando por el establecimiento del glorioso reinado de su Hijo.

Ad Jesum per Mariam

Ningún sacerdote, con verdadera experiencia de la Legión, negará que su labor como Director Espiritual le ha producido a sí mismo inmensos beneficios espirituales. El trabajo de guiar a otros por los senderos de la santificación, siempre constituye una prueba del desarrollo del amor de Dios en la propia alma de uno; ejercitar a otros en el apostolado produce un aumento del celo en relación con las almas; el formar a otros en el espíritu de María es siempre causa de una cimentación mas profunda de la propia devoción hacia Ella. En una palabra, el estudio y la concienzuda aplicación del sistema total de la Legión de María irá acercando al sacerdote hacia el gran ideal soñado por él mientras estuvo arrodillado ante el obispo en la mañana de su ordenación sacerdotal.



La Legión de María acaba de cumplir cuarenta y un años. Ha llegado a constituir no tan sólo un hecho aceptado en el seno de la Iglesia, sino una sociedad profundamente apreciada. Sería imposible valorar lo que la Iglesia debe a la oración y al apostolado de sus centenares de miles de miembros, ya activos, ya auxiliares.

Todo sacerdote debe aspirar a ser en su vida diaria, en su pensar y en sus miras lo que es en virtud de su ordenación, otro Cristo. ¿Qué colaboración hallará en la Legión para alcanzar ese ideal?

Pone en manos del sacerdote un ideal práctico y de trabajo -un plan que funcionará, más bien que un mero esquema sobre el papel. Su finalidad primaria es la santificación de sus miembros -esto es, ha sido creada primordialmente y por encima de todo para hacer santos a sus miembros. La experiencia a lo ancho de todo el mundo, ha demostrado que este programa es bueno, práctico y eficaz. Ha conseguido alcanzar la meta que se le señaló. Un sacerdote no puede operar con él sin beneficiarse de él. Llegará a santificarse a sí mismo por medio de la santificación de los demás. No puede recomendar sinceramente a los seglares la realización de aquello para lo que no se halla preparado en el grado conveniente al estado sacerdotal. No le será posible perseverar, semana tras semana, en la exposición práctica de un sistema y de un modo de vida como la Legión, sin crecer en su espíritu. Una sincera dedicación a la Legión y una escrupulosa fidelidad a sus normas siempre

dan por resultado un firme caminar hacia la semejanza sacerdotal con Cristo.

Servicio sacerdotal

Nos servimos del *Manual*, citando aquí y acullá palabras textuales, llamando la atención sobre este punto, haciendo mi comentario sobre aquel otro, con el propósito de captar el espíritu de la Legión tal como se patentiza en esas páginas y de aplicarlo al trabajo y a la vida de un buen sacerdote. Casi todo lo que sigue es una cita del *Manual*.

En la página 6 hay una declaración general: El espíritu de la Legión de María es el de María misma. Y de manera particular anhela la Legión imitar su profunda humildad, su perfecta sumisión, su dulzura angelical, su continua oración, su absoluta mortificación, su inmaculada pureza, su heroica paciencia, su celestial sabiduría, su amor a Dios intrépido y sacrificado; pero, sobre todo, su fe: esa virtud que en Ella, y solamente en Ella, llegó hasta su más alto grado, a una sublimidad sin par. Animada la Legión con esta fe y este amor de María, no hay empresa por ardua que sea que le arrede; ni se queja ella de imposibles, porque cree que todo lo puede." Sustituí la palabra Legión por la de "Sacerdote" y tendréis un ideal que cualquier sacerdote estaría orgulloso de alcanzar.

Cuanto se dice después en el *Manual* sobre el servicio legionario, puede aplicarse perfectamente al servicio de un sacerdote. La vida del sacerdote debe ser "un sacrificio viviente, santo, grato para Dios y en desacuerdo con este mundo" (Rom 12, 1- 2). Debe aspirar a emular la total oblación de sí mismo de Cristo crucificado.

Un sacerdote no debe "esquivar el trabajo y la fatiga" (2Cor 11, 27). Habrá de ponerse en contacto con muchos que preferirían

permanecer alejados de toda buena influencia y que le recibirán con patente desagrado. Tendrá que sufrir miradas cargadas de odio, insultos, desaires, ridículos, críticas, cansancio, fracasos, ingraticudes, suciedad y miseria; habrá de prescindir de su solaz y cargarse con las molestias inherentes al cuidado de almas.

Un sacerdote ha de "avanzar en el amor como Cristo nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros" (Ef 5, 2) Debe estar convencido de que "el secreto del éxito feliz en el trato con los demás está en establecer contacto personal con ellos, en un contacto de amor y simpatía mutua", y de que "toda obra, para ser realmente fructífera, debe radicar en cierta disposición del alma a darse espontánea y totalmente a los demás". El sacerdote que se fija como meta "hasta este punto me sacrificaré, más no", nunca se redimirá de la trivialidad. Pero si se halla dispuesto al sacrificio personal completo, obtendrá resultados insospechados.

El sacerdote ha de "llegar hasta el fin de la carrera" (2Tim 4, 7). La llamada al sacerdocio de Cristo es para un servicio sin límites ni reservas. Su un sacerdote no pone sus miras en la perfección, será incapaz de perseverar en su celo y en su apostolado. Obtendrá unos resultados muy pobres si no está en posesión de una invencible voluntad de ganar la batalla de las almas valiosísimas si recuerda que se halla asistido por la gracia omnipotente de Dios. El verdadero espíritu sacerdotal quiere decir perseverancia, una obstinada negativa al desánimo, un combate contra el desaliento superándolo valerosamente, una victoria sobre las dificultades y sobre la monotonía. Ninguna tarea es excesivamente grande ni pequeña para un sacerdote de verdad. Concede a cada una la misma atención minuciosa, idéntica e ilimitada paciencia y el mismo e inflexible valor. Se halla siempre trabajando por las almas, olvidado de sí mismo, permaneciendo constantemente junto a la cruz del prójimo hasta que la obra se haya consumado.

Como la Legión, la vida sacerdotal está cimentada sobre una profunda fe en Dios y sobre el amor que El tiene a cada uno de sus hijos.

El está mucho más interesado que nosotros en el éxito de nuestra labor. Si nosotros vamos en busca de una conversión. El la ansia infinitamente más. Si nosotros deseamos ser santos, su deseo sobrepasa al nuestro en un millón de veces. La piedra básica de la actividad de un sacerdote debe estribar en este conocimiento de la cooperación de Dios, en la santificación propia y en el trabajo pastoral. Si un sacerdote posee fe suficiente, Dios se servirá de él para conquistar el mundo.

Prescindiendo por el momento de la importante materia de la devoción a María, podemos ver en palabras, citadas casi literalmente del *Manual*, cómo coinciden el espíritu de la Legión y el de un sacerdote digno. Por ejemplo, en otra página leemos: "El trabajo no es sino otra forma de oración y deben aplicársele las normas de la oración. Ningún trabajo tendrá una larga vida sin este armazón espiritual." Si una tarea es fácil, llegará a ser monótona; si es ardua, corre el riesgo de ser abandonada. En ambos casos, es la oración la que nos brinda el indispensable armazón espiritual. Tengan presente los sacerdotes legionarios que "cuanto más parecido con la cruz tenga un trabajo, en tanto mayor grado habrá de ser apreciado".

El sacerdote puede aplicarse a sí mismo el siguiente consejo: "Todo cuanto de noble, de sacrificio personal, de caballeresco y de valeroso encierra el carácter de soldado ha de encontrarse en su expresión más elevada en un auténtico legionario de María."

Fe, valor, prudencia

El *Manual* insiste en la necesidad de la fe. Casi todas sus palabras pueden aplicarse con mayor razón todavía a la vida del sacerdote. He aquí un párrafo: "¿Qué esfuerzo hará el sacerdote para salvar un alma? Indudablemente que el esfuerzo será supremo -aún con peligro de perder su vida. Hay que evangelizar las grandes áreas irreligiosas con una decisión no inferior a la desplegada en los lejanos

territorios misionales... es indispensable la movilización de una gran fe si se pretende remover montañas de maldad." Todo sacerdote puede hacer suyas las palabras de la oración legionaria: "Concédeme una fe viva que, animada por la caridad, nos habilite para hacer todas nuestras acciones por puro amor a Ti, y a verte y servirte en nuestro prójimo; una fe firme e inmovible como una roca, por la cual estemos tranquilos y seguros en las cruces, afanes y desengaños de la vida, una fe valerosa que nos inspire comenzar y llevar a cabo sin vacilaciones grandes empresas por Dios y por la salvación de las almas; una fe que sea Columna de Fuego de nuestra Legión, que hasta el fin nos lleve unidos que encienda en todas partes el fuego del Amor de Dios, que ilumine a aquellos que están en oscuridad y sombra de muerte, que inflame a los tibios, que resucite a los muertos por el pecado; y que guíe nuestros pasos por el camino de la paz.

Todos nosotros podríamos beneficiarnos de la meditación sobre el ideal del valor propuesto a los legionarios. ¿No nos sentimos intimidados por chanzas, abusos, críticas o mofas? ¿Experimentamos alegría al ser considerados dignos de "sufrir desprecio por el nombre de Jesús?" (He 5, 41). El respeto humano puede ser causa de que nuestra labor en favor de las almas se vea reducida a la trivialidad. Son pocas las parroquias en las que se establezca siquiera una vez al año un servicio de orientación profundamente cordial y bien organizado para conversos. ¿Es consecuencia del respeto humano o de carencia de intrepidez sacerdotal? Como observa el *Manual*, se nos presenta bajo formas diversas: "prudencia comunitaria", "respeto hacia la opinión de los demás", "falta de confianza en el éxito de una empresa", "falta de un guía", y, añadimos nosotros, una preocupación excesiva por nuestras propias cosas". Todo ello produce como resultado la inacción y la pérdida de almas.

En el *Manual* se lee: "Las empresas triviales ocasionan una reacción desfavorable sobre el espíritu de los legionarios. En principio, debe encomendarse a todo Praesidium la práctica de algún trabajo que

pueda calificarse como heroico." Esto es también válido para los sacerdotes. El valor y el heroísmo deben caminar por delante de la precaución y de la timidez. Se citan las palabras del Cardenal Pie: "Cuando la prudencia quiere estar en todas partes, el valor no aparece por ninguna. Veréis que a este paso vamos a morir por un exceso de prudencia."

Un sacerdote ha de poseer lo que el *Manual* denomina "la vigilancia del soldado en campaña". Debe repetirse a sí mismo ante toda dificultad: "¡La lucha continúa!" Este pensamiento habrá de mantenerle en el trabajo aun cuando los demás quisieran abandonarlo. Todo acto de heroísmo encierra un efecto electrizante y contribuye a la conquista de cotas beneficiosas para todos.

Por lo que respecta a la labor de conversión, hemos de hacer nuestro el pensamiento del *Manual*: "Es preciso llevar la fe al conocimiento de todos cuantos viven fuera de la Iglesia. Las timideces, los respetos humanos y las dificultades de todo género han de ser arrolladas por el ansia suprema de repartir el tesoro de nuestra santa fe entre aquellos que no lo poseen. Es menester predicar el Evangelio a toda criatura humana."

Síguense algunas sabias observaciones acerca del lugar y naturaleza de la prudencia. Esta consiste, naturalmente, en la selección de los medios adecuados para un fin. Cuando el fin es sobrenatural, los medios han de ser sobrenaturales. En su selección hemos de tener presente que el que se entrega sinceramente a una labor por Dios tiene a su disposición nada menos que la omnipotencia divina. "Todo lo puedo en Aquél que me conforta" (Flp 4, 13).

Hasta la incorporación al *Manual* del espíritu de la Legión romana puede sernos aplicada a nosotros, los sacerdotes: tratase del espíritu "de sumisión a la autoridad; conciencia del deber a toda prueba;

perseverancia ante los obstáculos; resistencia en las privaciones; lealtad a la Causa hasta en los más insignificantes pormenores del deber".

Caridad, perseverancia, paciencia

El ideal de la caridad fraterna propuesto a los legionarios despertará profundas meditaciones en todo sacerdote. Nuestra actitud ante aparentes deficiencias ha de estar siempre impregnada de bondad. Ha de desarrollarse nuestra labor en comunidad, y la supresión de la personalidad debe constituir la base de todo trabajo comunitario. Hemos de mantenernos vigilantes contra la rivalidad, ese ácido corrosivo que emponzoña las relaciones humanas y amamanta la inquina. Si nuestros compañeros consiguen mejores resultados que los que, al parecer, obtenemos nosotros, nuestra reacción ha de ser la de Juan el Bautista: "Es necesario que El crezca y que yo disminuya" (Jn 3, 30). Difícilmente podremos animar a nuestros legionarios a tan alto grado de caridad, si no la ponemos en práctica nosotros mismos cultivando el espíritu de fraternidad en el sacerdocio, "convencidos de que, si ella desaparece, todo va al fracaso".

Podemos aprender de la Legión el espíritu de perseverancia. Es una consecuencia de la magnífica trabazón del sistema; si la vida de un sacerdote refleja un orden tan estricto como el que debe reinar en un buen Praesidium, será sistemático no sólo a sus deberes espirituales, sino que regularizará asimismo sus visitas de apostolado. Sólo después de esto viene la perseverancia.

Se indica a los legionarios algo que los sacerdotes no deben olvidar jamás, a saber: que la llave maestra del trabajo respecto a los pecadores sobre todo tratándose de los que al parecer se hallan en estado desesperado, ha de ser una paciencia infinita. No se conseguirá nada por medio de la rigidez y de la disciplina en relación con esas personas que parecen insensibilizadas para una llamada normal. La

prueba fundamental de la caridad de un sacerdote es amar con paciencia y perseverancia a quienes todo el mundo desprecia por sus meras condiciones naturales, contemplando en ellos al propio Cristo.

Cuando nos tropezamos con personas que ponen verdaderamente a prueba nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad, podemos vernos tentados a dejarlas como casos desesperados. El *Manual* nos pone en guardia contra esa actividad. "Dios quiere abrazarse con esa alma vil y afeada: y lo desea tanto, tan ardientemente que envió a su Unigénito Hijo, nuestro dulcísimo Salvador, a estar con ella; y con ella está ahora." En San Pablo encontramos una frase terrible: "El alma pecadora continúa crucificando y escarneciendo a Cristo" (Heb 6, 6).

Cuando un Director Espiritual lee en su *Manual* que el presidente de un Praesidium está destinado a "conseguir de los miembros el grado de esfuerzo y de sacrificio personal de que son capaces", pudiera muy bien aprovechar esa oportunidad para hacer un examen de conciencia. ¿No estará tomando las cosas con excesiva ligereza? ¿Hace entrega a Dios de todo cuanto puede esperarse de él, viviendo la vida sacerdotal tan intensamente como le sea posible?

Puntos cardinales

Hay muchas cosas en el capítulo 39, "Puntos cardinales del apostolado legionario", que se refieren directamente a nosotros, sacerdotes.

Nuestras visitas han de realizarse de casa en casa. Por regla general, no podremos incluir los hogares no católicos en nuestras visitas pastorales periódicas, pero, si estudiamos el ambiente, podremos observar que con frecuencia son bastantes los no católicos y otros grupos que sabrán apreciar nuestras visitas.

La esencia de toda labor religiosa estriba en el ansia de ponerse en contacto con cada individuo, no tan sólo con los negligentes, no tan sólo con los católicos, no tan sólo con los pobres y los desgraciados, sino con todos.

La presencia de la herejía o de la infidelidad en gran escala habrá de despertar todas las energías de sacerdotes celosos. No debemos asustarnos ante la indiferencia religiosa. No hay una sola alma que no se halle en condiciones de ser influenciada beneficiosamente por la fe, el valor y la perseverancia sacerdotales. El sacerdote debe salir en busca de las ovejas perdidas, pero debe trabajar también por "esa vasta multitud que, aun cuando se halla invitada a la santidad por Dios, se contenta con el mero cumplimiento de los deberes esenciales".

"Nadie tan perverso que no pueda ser rehabilitado; nadie tan bueno que no pueda subir a más. Ni uno solo de los visitados debería quedar al mismo nivel en que se encontró."

¡Qué máxima más hermosa para un fervoroso sacerdote! Debe hallarse siempre en búsqueda de oportunidades para alzar al malvado, convertir al descarriado y conducir al bueno más cerca de Dios. Si los legionarios giran sus visitas con su pobre equipaje espiritual, ¿qué podremos decir del sacerdote? Lleva siempre consigo la gracia sacramental de sus órdenes.

"Un apostolado impreciso posee muy poco valor." El sacerdote ha de proponerse un considerable y determinado bien. El secreto de su influencia ha de radicar en un genuino amor sobrenatural. El sacerdote, como el legionario, ha de aspirar a convertirse en amigo de todos. En cada uno de los favorecidos por su labor ha de contemplar y servir a Cristo. Ha de tener grabadas en su corazón las palabras: "Todo lo que hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis" (Mt 25, 41). Estas se refieren a todos, al ingrato, al estúpido, al afligido, al vilipendiado, al proscrito, al malvado, al malévolo, al

rencoroso, al más repulsivo. Todos deben ser objeto de nuestros más selectos y reverentes servicios.

El sacerdote tiene presente que él debe ser Cristo de un modo especial y que, al propio tiempo, ha de ver a Cristo en cada una de las almas. Todo esto significa en la vida práctica la imitación de María, ejemplo el más perfecto de la vida de Cristo, el contemplar y servirle en las almas como Ella lo haría, y el respetarlas como respetaríamos nosotros a Cristo.

El *Manual* tiene razón al afirmar que "la gloria especial de la caridad es el comprender a los demás". Jamás conocerán los sacerdotes el fracaso si se presentan en los domicilios como lo harían si penetraran en el hogar de Nazaret, decididos a demostrar la amistad que les lleve a captar la influencia y el mutuo conocimiento.

Comentando de nuevo el *Manual*, podemos decir con toda justicia: El sacerdote no ha de sentarse para juzgar. Ha de reflejarse el respeto más delicado no tan sólo en los modales sino -lo que es mucho más importante- en la mente del sacerdote. Un sacerdote no debe girar visitas para emitir juicios ni críticas. Nos tropezaremos con mucha gente indigna en el curso de nuestra labor, pero ¿quién de nosotros es digno del elevado cargo al que Dios nos ha llamado? Sólo Dios lee en el corazón y puede juzgar con causa justa. Nunca podemos usurpar sus prerrogativas. Nuestra misión es constantemente prestar ayuda y salvar. Podríamos resumir nuestros métodos, como hace la Legión, diciendo: "Hemos conseguido agradecerles."

Cuán bella es la cita tomada de la vida de San Francisco, de Chesterton, en la página 281: "Limitábase San Francisco a ver la imagen de Dios multiplicada pero nunca monótona. Para él, un hombre era siempre un hombre, y no se perdía en una densa muchedumbre más que un desierto. Reverenciaba a todos los hombres: esto es, no sólo les amaba, sino que les respetaba a todos. Lo que le proporcionaba

extraordinaria sugestión personal estribaba en que desde el Papa hasta el mendigo, desde el sultán de Siria en su pabellón hasta los desarrapados bandidos que merodeaban por los linderos del bosque, no había un solo hombre que, al mirar en aquellos ojos oscuros y ardientes, no estuviese convencido de que Francisco experimentaba un interés absoluto hacia él, hacia su propia vida individual e íntima, desde la cuna hasta el sepulcro; de que su propia persona era valorada y tomada en serio."

Las críticas y la cruz

Están asimismo llenos de sabiduría espiritual los párrafos referentes al modo de sufrir las críticas adversas. Los sacerdotes que de un modo deliberado fijan para su persona la conquista de unas metas elevadas, con toda seguridad no podrá librarse de toda clase de censuras, ya que esas aspiraciones molestan la conciencia de quienes se contentan con lo que está bajo.

Al propio tiempo, haremos muy bien si tenemos presente el principio de Giosue Borsi: "Sólo se conquista a los hombres por medio del amor y de la bondad, por medio del ejemplo sereno y discreto que no les humille ni les obligue a declararse vencidos. Les desagrada profundamente verse espoleados por un hombre que sólo tiene el propósito de subyugarlos."

Cuando nos sintamos desfallecidos, recordemos, tal como se aconseja a los legionarios, que un pecado evitado evita la comisión de otro, un segundo evita la de un tercero, y así sucesivamente hasta que esa cadena comprenda a todo el mundo y se propague a través del tiempo. La evitación de un pecado puede constituir una oportunidad de destino, la iniciación de una nueva vida que, con el tiempo, puede conducir a todo un pueblo del ateísmo a la virtud.

¿No tiene razón el *Manual* al afirmar que el mayor peligro de desaliento para un apóstol está constituido por el instante en que le fallan las colaboraciones y las circunstancias con que tiene derecho a contar?

Sigue después un párrafo notable: Recordemos siempre que la obra del Señor llevará el signo distintivo del mismo Jesucristo: la Cruz. Toda obra que no lleve las huellas de la cruz difícilmente podrá acreditarse de obra sobrenatural y nunca será verdaderamente fructuosa. Janet Erskine Stuart expresa esto mismo de otra manera. Si *examináis -dice- la historia sagrada, la historia de la Iglesia y nuestra propia experiencia, que va consolidándose con los años, veréis que nunca se realiza la obra de Dios en condiciones fáciles, nunca de la manera que hubiéramos imaginado o preferido nosotros*. Lo cual quiere decir -¡cosa extraña!- que aquellas mismas circunstancias que, según nuestro limitado entender humano, parecen impedir que las condiciones de obrar sean las mejores y que consideremos fatales para el porvenir de la obra, no solamente dejan de ser obstáculos para que triunfe dicha obra, sino que son elemento esencial para su triunfo; no son señal de flaqueza, sino marca de garantía; no un freno, sino un estímulo que alimenta el esfuerzo y le ayuda a conseguir su objeto. Siempre ha sido del divino agrado hacer alarde de su Poder, sacando resultados felices de las condiciones más adversas, y sirviéndose de los más débiles instrumentos para ejercitar sus mayores designios."

La labor sacerdotal, como la legionaria, constituye un inagotable manantial de alegría. El éxito es un gozo; el fracaso es tan sólo un éxito diferido. El descubrimiento de un grave mal constituye en sí un gozo al comprobar que podría haber escapado a nuestra atención un error.

Virtudes sacerdotales

Encierran quizás un acicate para nuestra conciencia el consejo de que nunca ha de prevalecer la timidez, y el dicho de San Pío X de que

el mayor obstáculo para el apostolado radica en el encogimiento y en la cobardía de los buenos.

Volvamos a los párrafos sobre la obediencia. Tanto los sacerdotes como los legionarios han de tener presente que la mayor prueba de obediencia consiste en la disposición a aceptar las situaciones y decisiones más desagradables y a someterse a ellas de buen grado, aun cuando lastimen las propias tendencias naturales. El *Manual* comenta esta materia relacionándola con el heroísmo y el martirio. Sigamos citando: "La Iglesia espera de sus sacerdotes, dondequiera que estén, el espíritu de una heroica y suave docilidad a la autoridad legítima de cualquier clase que sea. Deben estar dispuestos a ofrendar sus propios sentimientos, su juicio, su independencia, su orgullo y su voluntad a los embates de la contradicción y a la muerte de una sumisión sin reservas cuando la autoridad lo juzgue conveniente."

Como afirma el *Manual*, la cualidad fundamental de los asociados es el espíritu de amor. Podemos afirmar asimismo que ésa es verdaderamente la cualidad primaria del orden sacerdotal.

Uno de los capítulos de mayor trascendencia y belleza es el que lleva por título "La imitación de la humildad de María es la base y el instrumento de toda acción legionaria". Sustituid la palabra "legionaria" por la de "sacerdotal" y enunciaréis una profunda verdad.

Debiera estudiarse cuidadosamente todo el capítulo. Nosotros nos limitamos ahora a esbozar sus líneas generales. Para establecer y desarrollar el contacto personal, hemos de poseer modales llenos de cortesía y modestia, y para conseguirlo es indispensable una verdadera humildad. Dios solamente otorga sus beneficios a los humildes. La Encarnación, fuente de todas las gracias, estuvo pendiente de la humildad. Fue la modestia de María la que atrajo las miradas de Dios hasta encarnarse en su seno. Ella tenía conciencia de que su redención había sido más perfecta que la de los demás.

De igual manera, un buen sacerdote tendrá la convicción de que la esencia de la verdadera humildad estriba en reconocer lo que uno es realmente delante de Dios. La intimidad es el único patrimonio nuestro por derecho propio. Teniendo presente todo esto, habremos de preferir las tareas humildes y poco solicitadas, tolerar desprecios y repulsas y hacer patente en todos nuestros actos la expresión de María: "He aquí la esclava del Señor" (Lc 1, 38).

Puede tener uno la aspiración de ser buen sacerdote pero ser incapaz de ello por falta de humildad. Sin ella no es posible la santidad, ni la intimidad con Dios, ni la imitación de Cristo. La batalla de las almas tiene principio en el propio corazón del sacerdote donde éste vence el orgullo y el egoísmo, raíces de todo mal. La alabanza propia, el buscarse a sí mismo, la presunción, la arrogancia, el amor propio, la autosuficiencia, el preferirse a los demás y la obstinación se verán dominados por la vida de consagración a María. Quien procura con todas sus energías alcanzar la meta de ese dominio, elimina todos los obstáculos a las influencias maternas de María. Ella hará brotar en él energías y sacrificios sobrenaturales y le hará un buen soldado de Cristo (2Tim 2, 3).

Muy poco o nada en absoluto hemos dicho acerca de algunos asuntos importantes del *Manual*, por ejemplo, sobre el legionario y la Santísima Trinidad, la Eucaristía, el Cuerpo Místico, el sufrimiento e incluso el hogar de Nazaret. Hemos de limitarnos a pasar por alto esas páginas que contienen tantas perlas de sabiduría espiritual, comenzando con el artículo 40 titulado "Predicad el Evangelio a todas las criaturas" (Mc 16, 15). Los títulos hablan por sí solos: "La Legión debe dirigirse a cada alma en particular", "A un alma que es de inestimable valor hay que prodigar infinita paciencia y dulzura", "Buscando conversiones a la Iglesia", (una sección imponderable que todo sacerdote debe grabar en su corazón y ponerla en práctica), "La Sagrada Eucaristía como instrumento de conversión", "El problema de la indiferencia religiosa de

las masas", "La Legión como auxiliar del misionero en tierras paganas", "La más excelsa de las tres, la caridad" (1Cor 13, 13).

Acción simbólica

Hay, sin embargo, una o dos materias de la máxima importancia que exigen nuestra atención. La primera es la acción que expone la acción simbólica. Es de inmenso valor para el apostolado sacerdotal, porque nosotros, en un grado todavía mayor que los legionarios, nos enfrentamos de vez en cuando con situaciones y personas que parecen imposibles. No obstante, la Legión tiene un slogan: "Toda imposibilidad es dividida en treinta y nueve peldaños, cada uno de los cuales es posible."

Esta máxima constituye la base operativa de toda empresa. Resume toda la filosofía del éxito. Porque la mente se turba ante la perspectiva de algo que es aparentemente imposible, el cuerpo se abandonará a una inactividad muy tentadora. En tales circunstancias cualquier dificultad llega a convertirse en una imposibilidad. Apliquemos entonces ese principio de divisibilidad. Nadie es capaz de llegar de un salto hasta el tejado de una casa, pero se puede ascender a él por las escaleras peldaño por peldaño. Cuando nos aproximemos a un bosque, a cierta distancia lo creemos impenetrable. Si nos acercamos más observamos que podemos introducirnos en él moldeando los árboles o simplemente deslizándonos entre ellos. De un modo similar, cuando nos enfrentamos con una situación aparentemente imposible, demos un paso hacia adelante. Tenemos que lanzarnos en la dirección en que queremos ir. En ocasiones se tratará simplemente de un ademán, de un símbolo, pero siempre será algo. Una vez dado el primer paso, inmediatamente se esbozará por sí solo un segundo, después un tercero, más tarde un cuarto, y así sucesivamente hasta que lo que su juzgaba como desesperado se nos muestra ahora posible.

María

Me es totalmente imposible exponer en el espacio que tengo a mi disposición todo lo que yo quisiera sobre la devoción legionaria a María y la vida sacerdotal. La experiencia me ha demostrado que la devoción legionaria tiene existencia propia y que no es indispensable que coincida con la "Verdadera Devoción", tal como fue recomendada por San Luis María Grignon de Montfort. El ingrediente necesario es que María haya de ser honrada en concordancia con su posición un el plan divino de nuestra salvación y santificación(1). María es el canal por cuya mediación llegan hasta nosotros todas las gracias. La Iglesia no ha definido, y es posible que nunca lo defina, cómo María constituye ese canal. Los teólogos continúan discutiéndolo. Pero que Ella sea ese canal está, al parecer, fuera de toda duda de acuerdo con las enseñanzas de todos los obispos de la Iglesia con el Papa a la cabeza. Siendo así, nuestra devoción ha de estar en consonancia con nuestro culto, nuestra vida espiritual ha de corresponder a nuestra teología. Si en todo momento dependemos de las súplicas de María, en la consecución de la gracia necesaria para santificarnos, parece lógico que procuremos reparar nuestra incapacidad por medio de una vida consagrada a María y de una unión con Ella. No es precisa la exposición de largos argumentos teológicos. El asunto es perfectamente sencillo. María es o no es la Mediadora de todas las gracias. Si creéis que lo es, entonces creéis en vuestra dependencia con respecto a María en todos los instantes de vuestra vida. ¿Estáis o no dispuestos a reconocerlo? ¿O es que vais a relegar a María al mismo nivel que los santos, que no han tenido intervención en la venida de Dios a la tierra?

Cómo llevar a la práctica esta devoción es un asunto diferente. No basta la imitación; hemos de aspirar a la unión. El aceptar o no el mecanismo de San Luis María de Montfort o un programa similar queda al arbitrio individual. El *Manual* de la legión es indudablemente el mejor guía para ello juntamente con el opúsculo del propio Mr. Duff sobre la práctica de esta devoción(2). Constituye indudablemente una gracia.

Como es asimismo cierto que pronto se verá acompañado por otras muchas gracias. Es imposible practicar una devoción de esta naturaleza, aspirar a la perfecta unión con María, sin que simultáneamente no se crezca en sus virtudes y en su modo de ver las cosas. Si la virtud característica de la vida de Cristo, la causa por la que descendió a la tierra, fue su celo por las almas, podemos deducir que ésa misma es también la virtud característica de su Madre, la cual es el ejemplo más perfecto de su vida terrena. Estas ideas constituyen la materia de un notable capítulo del *Manual* en la página 29 titulado "Una sincera devoción a María obliga al apostolado." La vida entera y el destino de María ha sido su maternidad, primero de Cristo y después de los hombres. Ella pudo declarar: "Soy el apostolado" con casi idéntica razón que: Yo soy la Inmaculada Concepción." "Siendo esta maternidad espiritual su función esencial y su misma vida, síguese que si no participamos en ella no tenemos con María verdadera unión... La verdadera devoción a María implica necesariamente el servicio de las almas. María sin la maternidad y el cristiano sin el apostolado son ideas análogas. Arribas son incompletas, irreales, insubstanciales y traidoras a la Divina Mente."

Lo que el sacerdote reciba de la Legión será, con mucha diferencia, más de lo que él pueda prestarle; cuanto mayor sea su colaboración con ella, tanto mayores serán los beneficios que de ella obtenga. Desgraciadamente es necesario insistir en que todo sacerdote que llega a ser Director Espiritual de la Legión tiene la obligación de someterse en la orientación de su Praesidium a las instrucciones de su constitución. Tiene el deber de conocer dicha constitución y mantenerse fiel a ella en todo lo posible. Si no se halla dispuesto a hacer esto, debería tener el valor moral necesario para rechazar el nombramiento de Director Espiritual. He aquí unas palabras del *Manual*: "Si la experiencia pasada nos sirve de orientación, ninguna rama de la Legión podrá fracasar si se trabaja siguiendo escrupulosamente la regla. La Legión es un sistema que perderá el equilibrio suprimiendo o alterando cualquiera de sus normas. Por lo tanto, si no se está dispuesto a desarrollar el

sistema tal como se describe en estas páginas, no se debe poner en marcha en modo alguno a la Legión."

Las glorias de la Legión

No tan sólo no experimento la más mínima vacilación en recomendaros la Legión de María a todos vosotros, mis colegas en el sacerdocio y seminaristas, sino que estoy totalmente convencido de que, al haceros esa recomendación, os estoy recomendando algo que hallaréis ser un tesoro inestimable. La Legión se halla asistida desde su iniciación por la mano de Dios. Su propia aparición, totalmente inesperada; su rápido desarrollo; su florecimiento en medio de oposiciones sistemáticas; sus magníficos resultados en China a pesar de las persecuciones(3) -todo demuestra que está recomendada por el dedo de Dios.

La Legión ha logrado resultados óptimos en todas las formas del apostolado. Ha triunfado donde otros fracasaron. Sería difícil encontrar una labor de apostolado, a excepción de las expresamente vedadas por la constitución legionaria, que no haya sido resuelta victoriosamente por la Legión.

Ha proporcionado a la Iglesia multitud de vocaciones. Son numerosos los noviciados en los que residen personas que descubrieron su vocación y dieron sus primeros pasos hacia la santidad en la Legión de María.

Ella ofrece a Nuestra Señora lo que con tanto ahínco exigió en Fátima -consagración, espíritu de sacrificio y el rosario.

De un modo enteramente extraordinario, parece construir el instrumento elegido por la Divina Providencia para plasmar la reacción católica frente al Comunismo.

Ha puesto al alcance de todos la Acción Católica, dando una respuesta efectiva a las llamadas de los Papas con su oportunismo, su organización y su disciplina.

Se halla fundamentada en la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, doctrina que ha despertado un interés tan vivo en la Iglesia actualmente.

Ha logrado asimismo grandes éxitos en la labor de las misiones extranjeras colaborando con los designios de la Providencia con respecto a la Iglesia. Heroínas como Edel Quinn hablan por sí solas.

Ha reavivado la devoción a Nuestra Señora por todo el mundo, logrando que la doctrina de su mediación universal haya llegado a ser una práctica corriente.

Ha logrado que sus métodos se califiquen como modelo sometiéndose al camino directo y áspero del contacto personal. Ha sabido vencer las dificultades que entraña conseguir que las personas ordinarias lleven a cabo una apreciable labor en favor de Cristo.

Ha demostrado incuestionablemente que ha llegado a ser una gran escuela de santidad, una escuela que no se limita a operar tan sólo por medio de la instrucción, sino con un método de dominio y de aprendizaje de una formación espiritual verdadera. Es un medio práctico de lograr que sus miembros, incluso los Directores Espirituales, se ejerciten en todas las virtudes fundamentales de la vida espiritual. El carácter progresivo de la formación legionaria, comenzando por la realización de un trabajo de apostolado, es expresión de continuados avances en la santidad. Más santidad significa más celo y más apostolado. Más celo, siendo éste expresión del ejercicio de la caridad, significa más santidad. De este modo se establece acción y acción recíproca entre el apostolado y la santidad.

Existe en la Legión una maravillosa trabazón de oraciones y de actividades. No solamente se trata de los centenares de miles de miembros auxiliares esparcidos por el mundo, sino que asimismo los miembros activos alternan la oración con el trabajo, recitando su Catena y sus plegarias en las juntas. Y no debemos olvidar a los socios integrantes de los adjutorios y praetorios.

La Legión ofrece a los sacerdotes un medio espléndido de fomentar su devoción en los elementos esenciales de la Liturgia, Misa, Sagrada Comunión y Oficio Divino. En ella encuentran un ejemplo perfecto de cómo han de establecerse las relaciones más sinceras entre el sacerdote y el apostolado seglar. La balanza se mantiene en un perfecto equilibrio.

Son numerosos los sacerdotes que pudieran declarar que, a excepción de un buen hogar católico, nunca han encontrado a lo largo de su vida una influencia externa que les haya sido tan beneficiosa como la Legión de María. Por medio de la Legión llegó a despertarse en ellos el interés hacia el apostolado secular. Por medio de la Legión se vieron especialmente interesados por las tareas de conversión. Han llegado a descifrar el sentido de la acción simbólica, avanzando paso a paso, buscando vistas y oportunidades cada vez más amplias, hasta dominar un horizonte prácticamente ilimitado. Y, sobre todo, han llegado a descubrir en la Legión de María un sendero de espiritualidad, centrado en la devoción al Cuerpo Místico, patentizado por medio del amor al Espíritu Santo y por la consagración a su Esposa, amor que será saludado por muchos otros sacerdotes como complemento providencial de su vida espiritual y de trabajo.

LA LEGION Y EL APOSTOLADO JUVENIL (1)

Vivimos en la edad de la Acción Católica. Desde hace algo más de un cuarto de siglo, se están realizando múltiples esfuerzos para lograr la cooperación activa del elemento seglar en el desarrollo y propagación del Cuerpo Místico de Cristo. Estos esfuerzos se han orientado de un modo particular hacia la juventud. Se comprende perfectamente que sea así, ya que los jóvenes de hoy habrán de ser los padres y las madres de mañana. Es esencial para la vida de la Iglesia que la juventud se haga cargo no tan sólo de sus deberes, sino también de sus posibilidades. Son muchos los sacerdotes y colaboradores seculares que se han afanado por buscar una fórmula ideal para un movimiento juvenil. Se han realizado centenares de experiencias, y muchas de ellas, posiblemente la mayoría, se han visto condenadas al fracaso. El desaliento ha cundido como resultado.

Debido principalmente a la experiencia y observaciones personales, he llegado a la plena convicción de que la Legión de María ofrece a la juventud, probablemente con mayores garantías que ninguna otra sociedad de la Iglesia en la actualidad, la oportunidad de su santificación personal por medio de un trabajo apostólico y, al propio tiempo, una perfecta capacitación en la técnica del apostolado.

Un sistema fundamentalmente sencillo

En principio, el sistema de la Legión es extremadamente simple. Un grupo de personas celebra una reunión. Toman éstas la decisión de efectuar un trabajo en favor de la Iglesia. A cada una se señala una labor especial. Marchan a cumplimentarla y, al cabo de una semana vuelven a congregarse para dar cuenta del resultado de su trabajo.

Como complemento de esa estructura central tan sencilla, han ido agregándose los restantes detalles del programa apostólico de la Legión. Se recitan unas oraciones en la sesión y diariamente. Se han organizado detalladamente las juntas. Se ha establecido la costumbre de que un sacerdote dé una charla de orientación.

Y, dominándolo todo, se cierne el maravilloso espíritu de la Legión, perfectamente expuesto en la Instrucción. Permanente: "Los deberes dentro de la Legión exigen de cada legionario la realización de una labor sustancial y activa, con espíritu de fe y en unión de María, de tal forma que en aquellos en cuyo beneficio se trabaja y en cada uno de los compañeros se vea de nuevo la persona de Nuestro Señor y sea servida como María, su Madre."

Es posible presentar ante los jóvenes un ideal más elevado que el de la Legión de María, pues se les propone como aspiración suprema su conversión en otras Marías que trabajan para Cristo y le sirvan dentro del mismo espíritu con que Ella lo hizo, viendo a Cristo en cada uno de los miembros de su Cuerpo Místico. La juventud responde siempre a un idealismo de esas características. No se siente atraída por las ideas que no se salen de lo ordinario y que a veces le han sido presentadas. Cuando hace unos diez años, intentábamos nosotros establecer en Liverpool un movimiento, realizamos con gran cuidado algunas encuestas acerca de los ideales que pudieran interesar a la juventud. Pudimos observar que eran muy pocos los que se sentían atraídos por las cuestiones sociales. El hecho en sí era, naturalmente, un error en sí, y algo que había que remediar más tarde, pero sirvió para demostrarnos que, evidentemente, se comete, desde el punto de vista psicológico, una

grave equivocación al tratar de proponerles como ideal un aspecto de la vida que no despierta en ellos interés alguno. "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura", es un principio cierto no tan sólo teológicamente, sino correcto también en el mundo psicológico.

Infundir en la juventud un ardiente celo

No vamos ahora a exponer las dificultades con que tropieza el adolescente en el salto de la escuela a la fábrica. Ya han sido descritas multitudes de veces. Los muchachos y muchachas sienten la urgencia de algo que les eleve sobre el ambiente en que se hallan inmersos y de un ruego que despierte en ellos el ansia de trabajar por la superación de quienes les rodean. Ha demostrado la experiencia que ellos responderán a un ideal puramente espiritual y principalmente al de lograr adquirir el espíritu de la Santísima Virgen. Naturalmente, no son de esperar milagros. La formación no es obra de un par de semanas. Es necesaria una dirección llena de benevolencia por parte del sacerdote, pero si hace suyas las instrucciones del *Manual* de la Legión de María, las dificultades desaparecerán como por encanto.

Se dice a veces que el *Manual* encierra demasiadas dificultades para los jóvenes. Lo cierto, si se les deja solos para que lo estudien y entiendan; pero cualquier sacerdote se halla en perfectas condiciones de comentarlo de tal modo que los jóvenes logren entenderlo y llevarlo a la práctica. Es preciso para esto mucho tiempo y esmerada preparación, pero ello puede conseguirse. El tiempo que en ellos se gaste no será tiempo perdido.

Vayamos ahora a lo concreto. El Padre Juan es un sacerdote de una extensa parroquia. Prodúcele muchos insomnios el problema siempre eterno de la gradual disminución de la fe entre la juventud. Son muchos los hogares en que uno de los cónyuges, y a veces los dos, deja

de cumplir con sus deberes religiosos, con grave escándalo para sus hijos. Llega asimismo a sus oídos que un tanto por ciento muy elevado de los niños de los grados superiores escolares no oye Misa, ni siquiera los domingos. ¿Qué es lo que va hacer?

Se pone en contacto con media docena de muchachos. (Cuanto decimos de los muchachos, puede también aplicarse a las muchachas). Habiendo tomado la decisión de introducir la Legión de María para canalizar las actividades juveniles en la parroquia, expone a dichos muchachos, cuyas edades habrían de oscilar entre los catorce y los dieciocho años, los principios fundamentales del apostolado legionario, haciendo resaltar todo lo posible sus características de simpatía. Sería preferible hablar a los muchachos individualmente. Puede ser que alguno de ellos se niegue a prestar su colaboración. En ese caso, buscará otros, pues, indudablemente, no se le presentaran grandes dificultades para encontrar en seguida media docena como mínimo. Voy a hacer una digresión. De ningún modo estoy conforme con la posición de algunos que afirman que los niños modelo -los monaguillos, por ejemplo- no pueden tener éxito como apóstoles. El apostolado estriba en una irradiación de Cristo, y nadie puede irradiar lo que no posee. El inculcar unas virtudes meramente naturales no constituyen el apostolado católico.

Una vez que se ha logrado reclutar la media docena indispensable, ya tenemos organizada la primera sesión del Praesidium. Las necesarias formalidades con relación al cuerpo de gobierno local de la Legión se hallan sin duda, completadas. La etapa siguiente será entrar en contacto con la juventud de la parroquia. No debe darse este paso sin conocer de antemano a los jóvenes. Por consiguiente, hay que efectuar previamente un censo. La confección de este censo nos ofrece unas oportunidades óptimas para profundizar en el estudio del problema que tenemos entre manos, diseñando planes para el futuro y ejercitando a los primeros apóstoles. Muchas cosas dependerán de los recursos aprovechables del lugar. ¿Sería posible, por ejemplo, implantar un club juvenil? ¿Existen antecedentes en su favor? En todo caso, se logrará

despertar una santa curiosidad desde el instante en que se emprenda un estudio de las aspiraciones y necesidades locales.

Contacto espiritual

El primer paso de contacto ha de ser el espiritual. Se animará al grupo actual de muchachos a que cambien impresiones con otros de características similares para que se comprometan a llevar a cabo una empresa de apostolado. En toda parroquia de tipo medio, debe procurarse que el Praesidium alcance una cifra de veinte o veinticuatro miembros. Si se consigue reclutar este número, puede entonces dividirse la parroquia, pongamos por caso, en diez o doce sectores y enviar un par de legionarios a cada uno de ellos.

Debe imprimirse una hoja, preferentemente en forma de tarjeta. Los legionarios habrán de entregar una a cada uno de los muchachos cíclicamente en la parroquia, incluidos los que se hallen cursando el último año en las escuelas y los que todavía no han alcanzado la edad del servicio militar. En España, quedarían comprendidos los muchachos de catorce a dieciocho años. Bajo ningún pretexto se entregarán dichas hojas para llenarlas en su casa. Se ha de hacer lo posible para que cada pareja de legionarios se ponga personalmente en contacto con todos los muchachos de su distrito y llenen el formulario en su presencia. Los datos de esas tarjetas podrán ser éstos:

Nombre.....

Dirección.....

Recibo..... No recibo..... Quiero recibir..... No quiero recibir mensualmente la Sagrada Comunión.....

Mi pasatiempo preferido es:

Fútbol..... Cricket..... Excursionismo..... Ciclismo..... Natación.....

Tenis..... Billar..... Tenis de mesa..... Debate..... Lectura..... Radio.....

Cine..... Televisión..... Baile.....

Se invita a cada muchacho a que tache lo que no le interesa y a que firme las hojas. Si éstas tienen el formato de tarjetas, pueden archivarse después de clasificadas.

Podrá observarse a simple vista que un censo de esta especie es de inmensa utilidad para una clasificación de los jóvenes de una parroquia. Por de pronto, los tenemos agrupados en quienes reciben mensualmente la Sagrada Comunión, quienes están dispuestos a hacerlo y quienes no se hallan en esa disposición. Naturalmente, la labor inmediata ha de orientarse hacia este último grupo. Por lo que respecta a quienes se hallan dispuestos a comulgar todos los meses, debe girárseles una visita, para recordárselo, durante la semana precedente al domingo en que habrá de verificarse la Comunión corporativa de la juventud. Y si, además, se ha decidido la organización de algún centro o club juvenil, se habrá dado un gran paso para poner en las manos de los jóvenes lo que esperan de nosotros.

Una probada experiencia

¿Podría achacársenos que estamos exponiendo un problema totalmente utópico? El autor lo ha llevado a la práctica en una de tantas parroquias, enclavada en un barrio obrero de Liverpool. El desarrollo progresivo del programa ofreció siempre oportunidades cada vez más amplias para el apostolado.

Bajo las orientaciones de su Presidente adulto y con la colaboración de algunos legionarios mayores de edad, pudo el Praesidium juvenil encargarse de casi la totalidad del trabajo. Por ejemplo, además de responsabilizarse de cierto sector de la parroquia, visitando regularmente e informando acerca de las visitas, cada pareja de legionarios se encargó sucesivamente del centro juvenil. Actuaban como administradores y se encargaron de poner en marcha las diversas secciones de las actividades de los grupos. Dos estaban a cargo de los

equipos de fútbol, con la colaboración, naturalmente, de otros miembros. De igual modo, otros dos se encargaron de la natación, para lo cual se alquilaba la piscina de la barriada una hora por semana. Otros dos organizaron carreras de a pie o en bicicleta. Otros dos estaban al frente de una librería y de una sala de lectura.

Por otra parte, el Praesidium vendía de puerta en puerta todos los fines de semana varios centenares de periódicos católicos. Se realizaban visitas a todos y a cada uno de los hogares católicos de la feligresía, lo que constituía el más eficaz de los apostolados y, al propio tiempo, un espléndido entrenamiento espiritual para los jóvenes legionarios. Se consiguieron incidentalmente de este modo algunas ayudas económicas que se sumaron a las obtenidas como cuotas individuales por la organización del centro.

Siempre existen algunos que protestan contra el hecho de encomendar a los jóvenes ese trabajo. Al presentar semejante dificultad, cometen la gravísima equivocación de reducir a la trivialidad las empresas apostólicas. Para conquistar apóstoles, para conservarlos y para adiestrarlos en el apostolado, es siempre preferible encomendarles más bien exceso que defecto de trabajo. Es, asimismo, de importancia vital, que la labor a desarrollar esté perfectamente definida. A veces se oye entre los grupos de jóvenes, que en sus reuniones se les habló de un modo impreciso que trataran de extender su influencia a lo largo de la semana en sus medios laborales. Los resultados son totalmente nulos y se corre el riesgo de un complejo de desaliento y de fracaso.

Formación espiritual

Por encima de todo, hay que formar a los jóvenes legionarios en el espíritu de la Legión. El sacerdote debe explicarles cuidadosamente en cada sesión un fragmento del *Manual*. Se insiste mucho acerca de esta cuestión. En ello radica el secreto del éxito. Si la experiencia

personal sirve de algo, hemos llegado a convencernos sin duda de que los jóvenes se hallan en perfectas condiciones de asimilarse los postulados esenciales del *Manual* de la Legión. Debe formárseles para conseguirlo. Una norma que ellos pudieran comprender a la primera lectura, no valdría ni siquiera el papel gastado para escribirla. El propio esfuerzo realizado para llegar a comprender el *Manual* es ya, en sí mismo, un importante elemento para su educación.

A algunos pudiera parecerles que el esquema esbozado es excesivamente ambicioso. Quienes piensan de esa manera, que vayan desarrollando paso a paso el apostolado juvenil. Es el viejo principio de la acción simbólica. Consideran como imposible mantener constantemente el ardor del celo en la juventud de una parroquia, pero, como el propio *Manual* afirma, toda imposibilidad se divide en treinta y nueve peldaños, cada uno de ellos entra de lleno en la posibilidad.

Buscad vuestro núcleo de apóstoles. Cada uno de ellos será siempre capaz de encontrar otros y de continuar la búsqueda hasta que su número se haga doble o triple. Entonces es hora de emprender el trabajo del censo. Desarrollado con mucho orden, y la propia operación os abrirá nuevos horizontes para las actividades de apostolado. Aun en el caso de que estuviese fuera de vuestro alcance la Organización de un club bien montado y aunque los precedentes fueran desfavorables, siempre podrían ponerse en marcha otras muchas cosas. En cualquier circunstancia sería posible mantener a cada uno de los jóvenes en un contacto semanal, o por lo menos mensual, con la Iglesia. En los lugares en que se halle establecido el servicio militar, al Praesidium le será posible remitir todos los meses una carta a los muchachos que viven lejos del hogar.

A la vez que van desarrollando esta labor, los jóvenes legionarios avanzan paso a paso en su santificación personal. No sólo se instruyen, sino que van elaborando su formación con la práctica de una empresa de apostolado sometida a unas normas definidas. En dicho trabajo ejercitan

todas las virtudes fundamentales de la vida espiritual. Este espíritu se irradiará, como es natural, desde dondequiera que se encuentren estos muchachos. Se manifestará en sus propios hogares. Llegarán a ser apóstoles de sus hermanos, de sus hermanas y hasta de sus propios padres. Se hará patente en los lugares de trabajo. Si realmente existe celo, éste se pondrá de manifiesto, y el celo forzosamente habrá de existir si en el Praesidium se han seguido al pie de la letra las instrucciones del *Manual*.

Una observación acerca de las deserciones

¿Qué puede hacerse mejor que todo lo dicho para evitar deserciones? El sacerdote llega a mantener, por mediación de sus jóvenes apóstoles, un contacto regular y sistemático con toda la juventud de la parroquia. Por su parte, él hace todo lo humanamente posible por entrevistarse personalmente con todos los jóvenes, pero ha de tener la satisfacción de saber que su persona se halla multiplicada por un factor equivalente al número de sus activos legionarios.

El mejor remedio contra las deserciones es la formación de apóstoles. Los jóvenes no han de considerar a la Iglesia, como lo hacen tantos de ellos en la actualidad, casi como una especie de parlamento espiritual que justifica su existencia por llenar la finalidad de decir a los hombres qué es lo que deben hacer y lo que no deben hacer. Han de considerarse como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, con el deber de esforzarse en imitar a su Cabeza y de contribuir con todas sus energías al desarrollo y vitalidad de todo el Cuerpo. El mejor método de defensa es el ataque. Inspirad en la juventud un sentido de vocación impregnado con el ideal de trabajar en favor de la Iglesia, y habréis prevenido todas las deserciones.

La Legión de María se encuentra en perfectas condiciones para lograr esto. Lo ha llevado a cabo en innumerables lugares a través de

todo el mundo. Los legionarios que en China desafiaron a sus perseguidores comunistas y prefirieron la prisión y la tortura antes que renunciar a su nueva fe, son prueba palpable de nuestra afirmación. Lo que hicieron los recién convertidos de China, puede hacerse en los países en que la Legión se halla establecida hace ya más tiempo y con mayor solidez.

Los legionarios juveniles, después de ser adiestrados en la forma indicada, pasan a formar parte de los Praesidia de los mayores. No debemos olvidarlo. Solamente que, con demasiada frecuencia, los Praesidia juveniles se hallan en cuadro. Los jóvenes se desalientan y se niegan a formar parte de una Legión que no es capaz de proponerles una labor que valga la pena. Se hallan dispuestos a desarrollar, bajo la dirección del sacerdote y de sus oficiales adultos, un gran apostolado que juzguen como propio, pudiéndose equiparar su labor en muchos aspectos con la del apostolado de los legionarios adultos. Los jóvenes pueden ser los apóstoles de la juventud con una eficacia seguramente mayor que la de los adultos.

Han de proponerse como meta todos aquellos que son responsables de la educación católica, tanto en colegios, como en escuelas o en cualquier otro lugar, conseguir que todo joven católico considere a la Iglesia como una obra a la que ha de prestar su colaboración activa. Nunca intentará una realización práctica si nos limitamos a aconsejárselo. Es necesario adiestrarlo en el apostolado.

Adiestramiento por medio de un trabajo apostólico

Es muy probable que en la Legión tengamos el instrumento más perfecto que jamás se haya proyectado para la puesta en marcha de un sistema de adiestramiento de maestro y aprendices. No conseguiréis que los jóvenes se conviertan en apóstoles haciendo únicamente que asistan a conferencias o que estudien libros de texto. Es absolutamente

indispensable que la formación vaya secundada por la práctica de una labor de apostolado. Hay que enseñar a los jóvenes cómo se desarrolla un trabajo. Ellos deben procurar ponerlo en práctica y ser ejercitados en el modo de llevarlo a cabo. La Legión dice al joven: "Ven conmigo y préstame tu colaboración para hacer juntos este trabajo." Han de convencerse de que no van a un aula de estudios. Van a enfrentarse con una labor efectuada ya por otros en idénticas condiciones que ellos. Saben, pues, que pueden coronar con el éxito su trabajo. Participan en su realización atendiendo a las referencias y comentarios que sobre el trabajo les hacen otros. Pronto se encontrarán ellos mismos en condiciones de realizarlo.

No existe la más mínima exageración cuando el *Manual* de la Legión afirma que la labor de un Praesidium, desarrollada de acuerdo con las normas indicadas, constituye uno de los sistemas de educación mayor eficacia que pueden imaginarse para despertar todas las posibilidades del joven. Irá desarrollando las cualidades necesarias para imprimir en ellos, cada vez con más fuerza, el carácter de verdadero cristiano y llegarán a ser el modelo que arrastrará a multitud de otros jóvenes virtuosos y joviales, la alegría de sus padres y superiores y un apoyo para la Iglesia.

Notas adicionales (*)

El trabajo que se describe en este artículo se desarrolló a lo largo de un período de cinco años en la parroquia de Santa Cecilia, de Liverpool, y durante tres años, en la de San Gerardo, también de Liverpool. Ambas parroquias se hallan enclavadas en barrios obreros. La mayoría de los habitantes de San Gerardo están empleados en los astilleros y sus hijos trabajan, sobre todo, en pequeñas fábricas o talleres. En Santa Cecilia había de todo. Algunos trabajaban en grandes factorías, pero la mayoría eran operarios públicos o empleados de pequeñas empresas.

La labor fundamental del apostolado se dedicaba a los jóvenes de la parroquia como tal; pero era evidente que el espíritu apostólico formado en su participación en las actividades del Praesidium se exteriorizaba en la vida corriente de trabajo de los muchachos. Todo legionario recibía la consigna de que su servicio había de ser continuo. Por ejemplo, durante las terribles incursiones aéreas sobre Liverpool, los legionarios eran los primeros en presentarse en todo lugar del distrito en que hubiera ocurrido algún incidente. Acompañaron multitud de veces al sacerdote para visitar a los heridos o en su recorrido por los refugios durante la noche. Muchos de ellos prestaron servicios relevantes cuando posteriormente fueron a incorporarse a filas. Establecieron o rejuvenecieron las Organizaciones de Acción Católica en sus campamentos.

En cierta ocasión, fue un grupo de jóvenes a un teatro de Liverpool. Durante la representación, uno de los cómicos se manifestó obsceno. El grupo entero se levantó de sus asientos, bajó al pasillo central de butacas y se dirigió a expresar su protesta ante el empresario. La reclamación fue atendida en debida forma.

En otra ocasión, cuando se supo que los Testigos de Jehová estaban vendiendo su periódico en el centro comercial de la ciudad, los muchachos se movilizaron y fueron a colocarse uno a cada lado de cada Testigo. Tan pronto como un transeúnte adquiriría un ejemplar del "The Watchtower", los muchachos le entregaban gratuitamente una copia de un folleto de la Sociedad de la Verdad Católica en la que se establecía la verdad acerca de los Testigos.

Con mucha frecuencia manifestaban los muchachos que habían logrado un éxito completo en la conducción de compañeros a la Confesión, o en hacer desaparecer las palabras obscenas de sus centros de trabajo.

Un joven, decorador escaparatisista de un almacén de modas en una gran ciudad, consiguió autorización al P. Ripley para que visitase la cantina y dirigiera la palabra a los asistentes. Este mismo muchacho prestó un valioso servicio en desenmascarar a los miembros del Partido Comunista, y luego en el aplicar las medidas pertinentes.

Se llevó a cabo la formación de apóstoles con entera sujeción a las normas establecidas por el Manual de la Legión de María. Se siguieron

asimismo las orientaciones de esa obra en la solución de todos los problemas referentes a cuestiones sociales y a la doctrina católica.

Volvamos a repetirlo una vez más, la parroquia constituyó en todo momento la base del trabajo. Ya que la Iglesia se halla organizada dentro de un sistema parroquial, es obvio que nuestra labor ha de verificarse a través de la parroquia. Todo sacerdote habrá de responder ante Dios de la juventud existente en su parroquia o distrito. El P. Ripley la considera como el campo natural de su apostolado para con la juventud, y, según demuestra en el artículo, sus esfuerzos se vieron coronados por un resultado que casi alcanzó el cien por cien de éxito.

El blanco primordial del apostolado no se dirigía al joven obrero en la fábrica, sino al joven obrero en su propio hogar. En él era adonde iba a buscársele. Desde él se incorporaba a un movimiento parroquial juvenil de acuerdo con sus inclinaciones y características personales. Desde éste fue llevado a la recepción frecuente de los Sacramentos y, eventualmente, a integrarse en alguna organización de apostolado. Ya hecho apóstol, se le alentó a extender su influencia tanto en su medio laboral como en el recreativo.

Este método de trabajo por medio de la parroquia se halla libre casi totalmente de la imprecisión que se presenta incidentalmente en muchos sectores de nuestro apostolado, lo cual es causa de numerosos fracasos. Si todo sacerdote se decidiera a sacar apóstoles de la juventud católica que, según la organización actual de la Iglesia, se halla bajo su responsabilidad, estaría tan próximo a su solución como jamás lo estuvo el problema de las deserciones. El excesivo trabajo de la actualidad se vería reducido al mínimum. Después de todo, el centro natural de la vida del joven es su hogar, no la fábrica. ¿Por qué, pues, no hemos de concentrar nuestros esfuerzos para ir a buscarlo en su casa? Una vez que la Iglesia lo llama por este medio, y después que haya logrado su formación gradual dentro del espíritu del apostolado, se hallará en condiciones de ejercer su benéfica influencia sobre el ambiente laboral. Necesariamente, todo trabajador ha de hallarse en alguna parroquia, al cuidado de algún sacerdote, bajo la responsabilidad de alguien.

Tengo la plena seguridad de que, si se cumplen las normas del sistema de la Legión de María, serán mínimas las dificultades para lograr la

formación de los jóvenes en el apostolado. El propio *Manual* nos da una pauta para un gradual método de formación, basado en el principio de que la santidad personal (de ningún modo la "beatería") ha de constituir la raíz de todo apostolado. La juventud siempre responderá a una llamada de esas condiciones.

(*). Artículo publicado por el P. F. Legrand en "Cristo al mundo".

Notas del Editor:

(1) (Viene de página 43) Véase la obra "María en el plan divino" (Panorama dogmático del misterio de María), por Dr. Carl Feckes.

(2) (Viene de página 43) La obra "El Camino Montfortiano de la Verdadera Devoción a María" por Frank Duff disponible en internet en www.legiondemaria.org

(3) (Viene de página 45) Para un conocimiento mas amplio de los éxitos logrados por la Legión de María en China, léase la obra "La Legión de María en la China Comunista", por P. Leo Robert, SVD disponible en internet en www.legiondemaria.org



P. Francis J. Ripley, C.M.S.

(26 de agosto de 1912 - 7 de enero de 1998)

Escribió varios libros y folletos durante su vida, entre ellos “La Legión de María y la Vida Sacerdotal” cuando fue Director Espiritual del Senatus de Liverpool, Inglaterra.